

go y poseo está á disposición del Rey y de vos.

—¿Cómo os atrevéis á mentar al Rey S. M., vos, el padre de un rebelde, de un insurgente, de un hereje? Quitáos de mi presencia antes que vayáis á acompañarlos.

—Decidme al menos en dónde están.

—Vedlos; y con feroz alegría señaló el patíbulo, para donde el verdugo se dirigía.

¡Ah, Dios mío! exclamó el padre, adolorido y abrumado de pesar, y se encaminó hacia donde se hallaban: apenas iba á acercarse á donde estaban, cuando á una señal de Calleja se consumó la ejecución. ¡El verdugo enseñó la cabeza de ambos esposos, y el infeliz padre, al ver aquel espectáculo, cayó sin vida!

Coscotitlán, Agosto 6 de 1846.

DOMINGO REVILLA.



SAN AGUSTIN DEL PALMAR EN 1813.

En el curso de la gloriosa revolución que el inmortal Hidalgo inició en el pueblo de Dolores, aparecieron diversos genios, cuya memoria es grata á los mexicanos, y lo será más, cuanto se separe la generación, que indolente y poco agradecida, no reconoce el mérito de los hombres generosos que se sacrificaron por darnos independencia y libertad; generación infectada de todas las tendencias y de todos los vicios con que se nutrió en tiempo del Gobierno colonial, y por lo que las conmociones políticas han sido periódicas en este desgraciado país.

Uno de esos genios benéficos que sobresalieron en el segundo año de la era abierta en Dolores, fué el Teniente general Don Mariano Matamoros. Su nombre sólo basta para recordar algunos días de gloria para México. Uno de sus grandes hechos de armas fué la batalla de la Agua de Quichuca, ó San Agustín del Palmar, en Octubre de 1813.

El General Morelos, para el desarrollo de sus grandes planes, había nombrado Comandante general de las provincias, entonces de México, Puebla, Veracruz y Oaxaca, al General Matamoros: uno de los movimientos que éste debería emprender, era el obligar á los realistas á que levantasen el sitio que se había puesto á Coscomatepec, en donde con heroicidad se defendía el General Don Nicolás Bravo con 500 hombres, contra más de dos mil que lo asediaban, al mando de varios jefes realistas muy acre-

ditados. El General Bravo, por una de aquellas resoluciones, que fueron tan comunes en él, durante la guerra primera de Independencia, rompió el sitio, y añadió este laurel más á la corona que ya ceñía su frente. Esto hizo que Matamoros cambiase de plan; en estas circunstancias llegó á su noticia que un gran convoy de tabacos y de otros efectos se dirigía de Orizaba para Puebla, custodiado por la mayor parte de las tropas que sitiaban á Coscomatepec.

Matamoros, desde que abrazó la causa de su patria, comprendió que para hacerla triunfar era necesario acreditar á los españoles que los americanos tenían disciplina y valor, y que sabían batirse á campo raso. Matamoros se penetró de que era un punto de honor exhibir estas pruebas, y fué tanto más escrupuloso, cuanto que el buen éxito de sus empresas dependía de esa convicción. Con un carácter severo y esforzado organizó sus Regimientos de infantería y caballería, poniendo á su división bajo un pie brillante, con su correspondiente artillería, que con bastante acierto mandaba el Coronel Don Manuel de Mier y Terán, vencedor ilustre el año de 1829 en Tampico.

El General Matamoros se ocupaba igualmente desde su Cuartel general, que había situado en el pueblo de Tulancingo, de recobrar á Izúcar, ordenando á diversos guerrilleros que se le uniesen. (*) La noticia de la aproximación del convoy, que conducía el brillante Batallón expedicionario de Asturias y otros Cuerpos, hasta el número de más de mil hombres, bajo las órdenes de los Tenientes Coroneles Martínez, Candano y Ramiro, satisfizo los deseos del General mexicano. Con la actividad con que siempre obraba, dictó sus órdenes para dar la acción, habiendo dejado en Tulancingo la mayor parte de su división, á las órdenes del Coronel Don Mariano Ramírez, dirigiéndose con el resto á la hacienda de San Pedro. El 13 de Octubre de 1813, el enemigo pernoctó en el pueblo de San Agustín del

(*) El señor Don Carlos M. de Bustamante. Cuadro Histórico, Tomo 2o. Carta 30.

Palmar, y los patriotas en la hacienda de San Pedro, junto á Chalchicomula. Las tropas independientes se componían de 300 infantes del Regimiento del Carmen, de las Compañías de caballería de los guerrilleros Arroyo, Sánchez, Vicente Gómez; de un Escuadrón de Zacatlán, al mando de Inclán y Pozos; otro del Regimiento de San Pedro, de una Compañía de dragones de Otumba que mandaba el joven Capitán D. M. R., hoy Coronel, y de tres piezas ligeras de artillería.

La orden del día, del 13 al 14 de Octubre, que dió el General Matamoros, contenía en substancia estas prevenciones: Santo, "Nuestra Señora de los Dolores;" seña, "Daga;" contra-seña, "Calvario." Se previno al Capitán de granaderos del Regimiento de caballería de San Pedro, Don Manuel Zavala, hoy General de brigada, que con un Escuadrón, en número de doscientos hombres, se situase entre el punto que ocupara el enemigo y la hacienda de San Pedro. A cosa de un cuarto de legua de este punto habían de salir á reconocer al General, el que había de marchar á incorporarse á la división, exigiéndole al Comandante de su vanguardia, para ser reconocido, la palabra "aparición," como nueva contra-seña, debiendo servir esta misma para todos los demás jefes de las secciones independientes. Los Coroneles Don Antonio Arroyo, Don José María Sánchez, el Teniente Coronel Don Vicente Gómez, y el Mayor Don Rafael Pozos, marcharon á observar la llegada y movimientos de los realistas. Ordenó igualmente el General, que se aplicarían tres carreras de baquetas al soldado que durante la batalla se entregase á tomar alguna mula cargada ó cualquiera otro despojo de los enemigos; y al que de la vida.

voltease las espaldas se le impondría pena. El día 14, á las dos de la mañana, Matamoros emprendió su movimiento desde la hacienda de San Pedro, para reconocer los puntos en que debería atraer á los realistas. El Capitán Zavala se había colocado, desde la víspera, á tiro de fusil de ellos: á

las cinco de la mañana del mismo día 14, luego que Candano levantó su campo, comenzó á llamarle la atención con sus doscientos dragones, sobre el flanco derecho de éste; Zavaña le rompió el fuego, mandando desmontar su caballería, con excepción de veinticinco hombres, conteniendo el ataque con la infantería y el resto de la caballería, disponiendo la batalla del modo siguiente: La caballería, dividida en tres secciones, debería atacar la retaguardia, y la infantería del Regimiento del Carmen, con la caballería del Teniente Coronel Rodríguez, echando pie á tierra y formando cinco guerrillas, atacase por el costado derecho al enemigo, quedando el General en observación con la reserva, desde un punto bien situado, para obrar según lo exigiesen las circunstancias. Puestas en ejecución estas disposiciones, se dió la señal del ataque, rompiéndose el fuego por todos los puntos, pero tan sostenido, que el humo impedía al General distinguir los movimientos de sus tropas. La obscuridad cedió un poco, y advirtió que el convoy marchaba aceleradamente hacia la vanguardia, y á retaguardia cargaba toda la división enemiga. En el acto dispuso Matamoros que la reserva, unida á una guerrilla de infantería más inmediata, auxiliasen á la caballería para atacar la retaguardia enemiga. El Comandante realista, tan luego como observó la evolución de los patriotas, mandó formar un cuadro de tres en fondo, y cubierto por sus flancos con su caballería, marchaba en la dirección del convoy sin perder su línea y sosteniendo sus fuegos con la mayor actividad.

El General independiente no perdió tiempo para emprender un nuevo plan: luego mandó tocar reunión á sus guerrillas de infantería y las dividió en dos partes: una atacó la vanguardia con un cañón, y la otra, auxiliada por la caballería, lo hizo por el costado derecho y por el izquierdo del enemigo. Los independientes tomaron sus colocaciones y se dispusieron valerosamente á cargar á aquél; la actitud de aquéllos, su sangre fría y el entusiasmo con que se lan-

zaron contra unas tropas tan disciplinadas, acreditaba que un puro patriotismo y la emulación de la gloria los animaban. En el espacio de dos leguas fueron cargando á los realistas, que se iban retirando en buen orden y rechazando con denuedo los diversos ataques que se les daban. Impaciente Matamoros por decidir la acción, mandó colocar á retaguardia de la caballería de su reserva dos piezas de artillería cargadas con metralla, mandando que se retirase la primera abriendo claros. Esta evolución la juzgó el enemigo que era una retirada verdadera: con esa confianza cargó precipitadamente sobre los mexicanos, suponiendo obtener un triunfo completo; pero fué recibido con el fuego de las piezas y el de la infantería, obrando la caballería con decisión heroica contra la realista: entonces el arrogante enemigo pagó su arrojo dejando el campo cubierto de heridos y muertos, y los demás huyeron espantados con aquel destrozo que no esperaban, quedando roto el cuadro.

En estas circunstancias, Matamoros, que todo lo había previsto, y que veía realizarse su plan, mandó tocar á degüello; la caballería mexicana ejecutó esta orden con una resolución é intrepidez jamás vistas, y penetrando hasta el centro de los contrarios hizo un horrible destrozo, en venganza del honor y de la dignidad de la patria, vilipendiadas por tanto tiempo: sin embargo, el General independiente mandó cesar el ataque. La batalla costó al enemigo 215 muertos y 368 prisioneros, (1) con el Teniente Coronel del Batallón de Asturias, Don Juan Candano, (2) y 17 oficiales, 517 fusi-

(1) La mayor parte fueron españoles, y en razón del trato generoso que recibieron del General Matamoros, tomaron partido sirviendo á sus órdenes con lealtad, hasta que á su lado sucumbieron en la desgraciada acción de Puruarán.

(2) Candano fué fusilado, y se manejó como un valiente. ¡Cuánto más grande habría sido Matamoros si le hubiese salvado la vida!

les, otras armas y algunas cargas de tabaco: los independientes tuvieron que lamentar la pérdida de catorce valientes, muertos en el campo, y sesenta y dos heridos. La historia ha consignado en sus páginas los dignos mexicanos que singularizó en su recomendación el General Matamoros, y lo fueron los Coroneles Don José Antonio Arroyo, Don Miguel Inclán, el Sargento mayor Don Rafael Pozos, (*) Capitanes Don Vicente Herrera y Don José María Pezera, y del Regimiento del Carmen Capitán de granaderos Don Mariano Molina; Tenientes Don Antonio Lara, Don Mariano Serrano é Ignacio Echeverría, Asistente del General.

Ya se dejan conocer las consecuencias de esta batalla. Calleja y los jefes realistas temblaron al ver la táctica y la intrepidez que los patriotas desplegaron. Este triunfo fué espléndido, y anunciaba al mundo que los mexicanos eran hombres de resolución, excitó un entusiasmo universal y reanimó más las esperanzas nacionales. En aquella lucha á muerte y sin tregua, con que se disputaban la causa de la patria y la del Rey, fué una compensación de tantas desgracias como sufría la primera. Nada faltó para que Puebla hubiera sido abandonada, y Calleja llegó a creerse inseguro en la capital. La reputación del General Matamoros quedó consolidada. Hombre que el Eterno lanzó al nuevo mundo para la predicación de un doble evangelio.... hombre de mediana talla, y sin embargo hoy no tiene México quien pudiera tocar á la línea á que él llegó; y esto no es más sino porque el tipo de los héroes es raro.

Ved, pues, cómo el obscuro punto de San

(*) Pozos, en unión del Brigadier Lobato, había sido hecho prisionero en Zitácuaro por los americanos; ambos eran cabos, el primero de dragones de España, y el segundo del Regimiento de Tres Villas; á su instrucción y á su valor debieron su pronta elevación, habiendo tomado partido por la causa nacional.

Agustín del Palmar quedó inmortalizado en nuestros fastos. San Agustín del Palmar ha sido el teatro de tres batallas sangrientas.

¿Las fechas?

—19 de Agosto de 1812.

14 de Octubre de 1813.

4 de Octubre de 1832.

¿Las víctimas?

—Labaqui.

—Candano.

—Azcárate.

¿Los vencedores?

—Bravo.

—Matamoros.

—Mejía.

Resumiendo, diremos: dos batallas gloriosas en guerra nacional, y una oprobiosa por haber sido en guerra civil. Dos españoles y un mexicano. Dos héroes y un valiente; y de estos vive el primero, considerándosele justamente el decano de los hombres de 1810, y como si no fuera de la sociedad que libertó, lo ha proscrito: el segundo murió para vivir eternamente; y el tercero en un sepulcro ignorado, es causa de remordimientos, y sirve de testimonio de que en las guerras intestinas nada puede el valor.

Coscotitlán, Septiembre 11 de 1846.

DOMINGO REVILLA.



EL TAMBORCITO DE VALLADOLID.

I.

La fatal noticia circuló con asombrosa rapidez por la siempre pacífica Querétaro, consternando los espíritus débiles y arrancando ayes de conmiseración á los corazones tiernos y compasivos. No había remedio: Calleja, á reiteradas súplicas de los principales vecinos de la ciudad, accedía á indultar á los religiosos aprehendidos en la batalla de Aculco, pero se manifestaba duro é inquebrantable para perdonar á los demás prisioneros. Las lágrimas de las damas queretanas ninguna mella habían hecho en el corazón de roca del jefe realista, y, por consiguiente, la cruel sentencia de muerte dictada contra aquéllos se ejecutaría ineludiblemente.

Y no era eso todo. La sociedad, aunque nada acostumbrada á los sangrientos horrores de la guerra, hubiera podido soportar la muerte de los insurrectos prisioneros, pero jamás consentir en ser simple y pasiva testigo de la injusta ejecución del pequeño niño Pablo Armenta, tamborcito del ejército insurgente, sobre quien recaía también la severa sentencia de Calleja. Si era natural que los campos de Querétaro se humedecieran con la sangre de aquellos patriotas, porque así lo exigían las represalias de la guerra, aparecía, en cambio, monstruosamente inhumano arrancar la vida á un pobre niño, merecedor por su inconsciencia.

de misericordia, al menos, ya que no de absoluto perdón.

—Castíguesele en buena hora, decían los queretanos, mas no se le asesine; ninguna ley, ni divina ni humana, ha penado con la muerte á los niños. No todos desesperaban, sin embargo; algunos, aunque muy contados, á cuya cabeza se encontraba el religioso felipense Fray Dimas Díez de Lara, hijo de la tierra de los héroes—Zacatecas,—hombre resuelto, enérgico, abnegado, capaz de cualquier sacrificio, por grande que fuera, dotado de un corazón grande y altruista, y que en más de una vez había demostrado poseer sentimientos humanitarios en alto grado, confiaban en la salvación del pequeño reo, y así se propusieron agotar los medios posibles para obtenerla á toda costa, aun aventurando su propia seguridad personal. Decididos como estaban, creían vencer cuantos obstáculos se interpusiesen ante sus firmes propósitos, y esperaban salir avantes en su empresa: seguramente lo conseguirían, porque eran hombres de fe.

II.

Pensativo, preocupado y taciturno estaba don Félix María Calleja en una de las celdas del Convento de San Francisco, convertida en despacho improvisado, cuando uno de sus ayudantes le anunció la visita del ilustre zacatecano, Fray Dimas Díez de Lara, una de las personas más caracterizadas de la población.

—Pase Su Paternidad y ordene lo que guste, dijo Calleja, levantándose de su asiento y saliendo á recibir al distinguido visitante.

—Doy gracias á Su Excelencia, contestó Fray Dimas con extremada cortesía. Una urgente y delicada misión me trae acá y me obliga á molestar á Su Excelencia, á quien ruego me perdone.

—Puede hablar Su Paternidad, repuso Calleja. Soy todo oídos.

—En nombre de las señoras de la ciudad, tan respetables por sus virtudes y su pie-

dad, y en el mío propio, vengo á rogar á Su Excelencia sea servido de conceder su perdón al infortunado niño que cayó en poder de las valientes tropas de Su Majestad —que Dios guarde—en la reciente gloriosa batalla de Aculco, el cual, según rumores que hasta nosotros han llegado, será fusilado hoy mismo por orden de Su Excelencia.

—Me apena la petición de Su Paternidad, respondió Calleja vivamente incomodado, y si no fuera porque es bien pública su adhesión á nuestro amado Soberano, creería que Su Paternidad, al interceder por ese indigno rapaz, trataba de favorecer la infame causa de los desleales y pérfidos vasallos que se han levantado en abierta rebelión contra Dios, contra la patria y contra el Rey.

—Puede estar seguro Su Excelencia, replicó, sin inmutarse Fray Dimas, de que mi ruego está inspirado tan sólo en un sentimiento de compasión hacia el niño de quien hablo, y de que yo nunca abjuraré de mi profunda fidelidad á Su Majestad—que Dios guarde.—Creo, sin embargo, que para domar la insurrección iniciada en los Dolores son inadecuados é infructuosos los medios hasta hoy usados, y que la única manera eficaz de reprimirla es mostrarse benigno con los mismos que han turbado la paz del Reino, porque sólo así se les puede atraer á la buena causa, y no con la crueldad que se ha desplegado, que únicamente les exaspera, les irrita y les hace afianzarse más y más en sus extraviadas ideas.

—Se engaña Su Paternidad, porque aquellos que, en nombre de una absurda libertad tan sólo deseada para quedarse sin ley y sin gobierno que impiéan sus crímenes y latrocinios, se entregan con furor salvaje á saquear las poblaciones, robar á los vecinos, expoliar el comercio, profanar los templos y asesinar á los ministros de Dios, no merecen ni merecerán nunca la indulgencia de los soldados del Rey. Y no obstante, Su Paternidad ha visto que, esta misma mañana, he otorgado el indulto á no pocos prisioneros de guerra que deberían

haber expiado en un patíbulo su grave y enorme delito; pero Su Paternidad mismo comprenderá que esto no puede repetirse ya.

—Perfectamente. Su Excelencia cumplirá con su deber al mostrarse severo é inflexible con los rebeldes adultos que tiene en su poder, si, en su concepto, no son acreedores á consideración alguna. Mas entiendo yo que, como cristiano, debe ser, al mismo tiempo, benigno é indulgente con los niños y otorgar, en consecuencia, la vida al tamborcito por quien abogo, que no sabe lo que ha hecho, porque no está aún en la edad de reflexionar y casi ni de pensar. Devuélvalo, pues, á sus padres, ó entréguelo á mi Convento, donde se educará cristianamente y crecerá fiel á su Rey. Su Excelencia nada perderá con ello.

—No, de ninguna manera; al condenar á muerte á ese precoz forajido, no le castigo por crímenes pasados, sino que evito para siempre que los cometa en lo futuro, que si los cometería, puesto que se ha lanzado ya, muy temprano, por la peor senda del mal; y si hoy que puedo poner el remedio no lo pongo, mañana tendría que lamentar las consecuencias de mi debilidad. Por tanto, deje Su Paternidad morir en buena hora á ese muchacho y no insista en una petición inconveniente.

—No insisto más en ella, Excelentísimo Señor, y me retiro ya. Pero antes, quiero hacer saber á Su Excelencia, que estoy resuelto á agotar los recursos todos de que pueda disponer, para salvar á ese niño desdichado, y si es necesario que sacrifique mi vida, la sacrificaré gustoso. Su Divina Majestad, en quien confío, me lo tendrá en cuenta.

Calleja nada contestó, limitándose á hacer un saludo con la cabeza á Fray Dimas, que salía de la celda.

III.

Allí van, pobres, demacrados, andrajosos, cargados de cadenas, en medio de soldados, los bravos insurgentes del ejército libertador.

Acaso en los momentos últimos de su existencia piensan en su abandonado hogar, en sus padres, en sus esposas; en sus hijos, en todos esos seres á quienes tanto aman y á quienes debían sostener; pero si esto les apena, no les hace arrepentirse de haber tomado las armas en defensa de la patria, porque el amor á ella es más grande que todos los afectos de familia y, porque el deber que tenemos de ampararla está muy por encima de todos los demás deberes. Caminan, pues, sin angustia, tranquilos, tal vez contentos, porque no es poca satisfacción haber servido á quien más se ama y haber cumplido con el primero de los deberes.

Allí van también Pablito, camino de la Alameda, sin preocupación alguna, indiferente, sin recordar lo que ha hecho, ni pensar, tampoco, en el triste fin que le espera.

Por fin, tras de interrumpido andar, llegan todos á la calle del Hospital, donde inesperadamente se vuelve muy dificultosa la marcha: una compacta muchedumbre, ansiosa, al parecer, de acompañar á los sentenciados hasta el patíbulo, se apiña allí y obstruye el paso. Los soldados de la escolta, para apartar á los curiosos, reparten golpes de fusil á diestra y siniestra; mas sus esfuerzos son vanos, porque la gente no se aparta y, por lo contrario, aumenta más y más á cada momento. Aquéllos no pueden avanzar ya un sólo paso, y lanzan imprecaciones contra la multitud; redoblan los culatazos y hasta amenazan con hacer fuego sobre aquella masa humana; pero todo es inútil.

Durante la afanosa brega, casi olvidan á los reos, y éstos, naturalmente, tratan de aprovechar el desorden para fugarse y salvar sus vidas. En aquellos supremos momentos, un fraile se acerca cautelosamente á los prisioneros y con extraordinaria rapidez arrebatada de entre ellos con férrea mano, á Pablito: le toma en brazos, y atropellando á los guardianes, desaparece en seguida entre aquel inmenso grupo de gente.

La escolta apenas se da cuenta del im-

previsto incidente, que no ha podido impedir; dispara sus armas sobre el secuestrador; pero es tarde: el buen fraile se encuentra ya muy distante, y los curiosos, apiñados como por encanto, han desaparecido también.

La calle del Hospital queda desierta, así, ocupada únicamente por los soldados de la escolta, que aturridos no saben contra quién vengarse de aquella inaudita afrenta.

IV.

Entretanto, había llegado Fray Dimas, jadeante, sudoroso, sin capa ni sombrero, ante la presencia del temible jefe realista don Félix María Calleja del Rey.

—Mi promesa está cumplida, Excelentísimo Señor, exclamó desfalleciente. Vengo, pues, á entregarme á Su Excelencia para que haga de mí lo que á bien tenga.

—Acabo de saber lo que ha hecho Su Paternidad, respondió Calleja con ágrío tono, y ciertamente que no sé qué determinación tomar.

—Muera yo, el culpable, y sálvese el inocente, Excelentísimo Señor, repuso humildemente Fray Dimas.

—No. La acción de Su Paternidad es noble y yo le perdono. Mas tenga en cuenta que sólo soy clemente una vez. Sea ésta la última que vea á Su Paternidad, porque no quiero, al verlo de nuevo, sentir el remordimiento de haber dejado con vida á un pilluelo peligroso.

V.

Así salvó aquel ejemplar fraile zacatecano, con grave riesgo de su vida, á Pablo Armenta, ese niño de doce años de edad que la Historia designa con el sobrenombre de "El Tamborcito de Valladolid."

Uno y otro son verdaderamente dignos de nuestra admiración: Pablito, porque siguió á Hidalgo, que proclamaba la más justa y la más santa de las causas—la de la libertad de la patria—y porque, á pesar de su

tierna edad, no se arredró ante los peligros de la guerra. Fray Dimas, porque con excepcional abnegación y arrojo sobrehumano, llevó al cabo una sublime obra de caridad, inspirada en el más acendrado amor á un desvalido, de quien ninguna recompensa podía esperar.

IGNACIO B. DEL CASTILLO.